

Tablones y Plumas de Agua (ADVERSUS RICHARD RORTY)¹

Prof. Oscar Reyes²

A mis padres, que sacrificaron tanto de sus vidas por nosotros

I

En el año 2003 asistí a los Institutos de Verano Fulbright para estudiar un poco de cultura norteamericana, permaneciendo como *visiting scholar* en la Universidad de Nueva York durante seis semanas. Debo confesar que fue la primera vez en mi vida que no sentí vicisitudes económicas. Estaba en una universidad privada, en una ciudad espectacular y con una asignación generosa depositada en el Citibank. Debía asistir diariamente a unas cinco horas de seminarios en NYU: el resto del tiempo podía leer, escribir o ir a conciertos sin preocuparme por el dinero.

Un tórrido sábado de junio, entré a una librería *Barnes & Noble* y luego de hurgar media hora los estantes me decidí por el libro *Philosophy and Social Hope* de Richard Rorty.³ Me detuve en un café *Starbucks*, compré un *frappuchino* helado y me senté a leer con avidez, ya que el título auguraba las divertidas deconstrucciones que Rorty suele hacer de términos como “racionalidad”, “profundidad” o “conocimiento”, a los que él habitualmente opone como alternativa programas mínimos de solidaridad y esperanza social.

Pero la lectura me desconcertó y probablemente me descorazonó. En un ensayo titulado *Love and Money*⁴ incluido en el citado volumen, el filósofo pragmatista perdía la fe respecto a gente como ustedes o como yo, a los que llama *Southerners* (gente pobre del sur) en oposición a la gente próspera del Atlántico Norte (*Northerners*).

¹ Esta ponencia fue leída en las III Jornadas de Educación en Valores de la UCAB, en junio de 2004.

² Profesor de filosofía política e investigador del Centro de Estudios Filosóficos de la UCAB.

³ Ricard Rorty: *Philosophy and Social Hope*: Penguin Books, 1999.

⁴ Op. Cit. p.p. 223-228.

Tomando como hilo conductor la novela *Howards End*, Rorty saca de la boca de los personajes algunas preguntas que luego traslada a la filosofía: ¿cuánto amor es suficiente para que dos personas se conecten? ¿cómo pueden dos almas conectarse? La respuesta realista es que todo depende del dinero. Únicamente después que las vicisitudes económicas han desaparecido, pueden las personas tener la suficiente tranquilidad como para ser tiernos. Y no se trata —como en el caso de las telenovelas venezolanas— de que un personaje interesado se enamore del dinero del otro: se trata de que quien no tiene tranquilidad económica se obsesiona con la pregunta sobre cómo sobrevivir día a día y no puede darse el lujo de ser tierno. Sus temas de conversación están limitados, no es un *gentlefolk*, un liberal capaz de conversar desinteresadamente sobre cualquier tópico: en su charla, desde el fondo de sus ojos afilados, acecha el miedo al hambre. Por eso, en la novela la gente rehuye a esos personajes que súbitamente caen en la miseria, porque no se puede hablar con ellos y menos amarlos. Ni qué decir de la gente de África, la India o Venezuela: ese tipo de pobres son impensables, como dice nuestro autor:

We are not concerned with the very poor. They are unthinkable, and only to be approached by the statistician or the poet (...) No money, no conversability and no connectability. No money, no chance for love. The very poor, those in the lowest abyss, the people whom Brecht called 'the ones who live in darkness' can afford neither love nor conversability⁵.

Esta teoría sobre el amor y el dinero es trasladada de las relaciones personales a la globalidad y, al hacerlo, Rorty rescata una tesis cardinal del pensamiento marxista: que el alma de la historia es monetaria, por tanto, el amor por los pobres debe traducirse en dinero. Por otra parte, los pobres no pueden amar plenamente, porque nadie puede tener un alma refinada para la ternura hasta que no supere la línea que separa la luz de las sombras, es decir, la línea de la pobreza.

Toda una serie de preguntas se me vinieron a la cabeza: ¿cómo podemos amarnos los venezolanos? ¿cómo podríamos reconciliarnos

⁵ Op. Cit. p. 223. "No nos preocupamos por los más pobres. Ellos son impensables, y sólo posibles al acercamiento del estadístico o del poeta. (...) Si no hay dinero, no hay posibilidad de conversar y de conectarse. Si no hay dinero, no hay chance para el amor. Los más pobres, los que están en el abismo más profundo, la gente a quien Brecht llamó 'los que viven en la oscuridad' no pueden aspirar ni al amor ni a la conversación.

si el 80% de nosotros vive obsesionado tratando de llevar algo de comida al hogar y el otro 20% vive paranoico pensando que aquél 80% va a saquear sus casas algún día?

Tendríamos que derrotar la pobreza para lograr una reconciliación mínima. Y los términos de ese tipo de proyectos no son claros para nadie en el mundo: no hay una receta infalible, de manera que los casos exitosos no pueden ser tomados como paradigmas exportables.

Lo anterior es sabiduría de perogrullo entre nosotros, aunque tal vez para liberales bienintencionados como Rorty es un discurso que les renueva el alma, porque les permite pensar en lo impensable, en los pobres del Tercer Mundo. Intelectuales como Rorty, provenientes de los países ricos, tienen la aspiración de ayudar a lograr un mundo mejor: piensan que muchas intervenciones desde arriba hacia abajo —la abolición de la esclavitud, la expansión de las franquicias o el establecimiento del FMI y el Banco Mundial— reposan sobre la esperanza liberal de un mundo más justo donde los *Northerners* no sean los únicos *gentlefolk*, donde la gente del sur también pueda serlo, un mundo donde los *Southerners* puedan dialogar sin estar mediatizados por el miedo y el hambre. La decencia liberal radica en la creencia en que una vez que haya suficiente dinero aparecerá la ternura. Pero el 'realismo' de Rorty y los personajes de la novela radica en el convencimiento de que el dinero es la variable independiente, mientras que la ternura es la variable dependiente.

Debo admitir que me sorprendió mucho su desencanto en materia de teoría del desarrollo. En el ensayo, Rorty recuerda un viaje suyo a La India. Estaba en un hotel confortable, rodeado de *scholars*, de gente inteligente que de alguna manera eran *northerners* honorarios. Cada vez que salían a la calle, tomaban la precaución de llevar monedas sueltas para dárselas a los mendigos que los acosaban como moscas. El filósofo se da cuenta que esas monedas no son suficientes para resolver el problema de pobreza de ningún mendigo. Por extensión, piensa que el dinero que los países ricos donan para los países pobres tampoco alcanza. Rorty señala que la esperanza de los marxistas y de la Iglesia radica en la creencia de que la ciencia y la tecnología van a permitir en algún momento acumular tal cantidad de alimentos y de riqueza, que no habrá más justificación para la pobreza en el mundo: a partir de allí, la armonía puede ser posible. Los marxistas proponen una redistribución de

riquezas por vía revolucionaria, mientras que la Iglesia confía en que una vez satisfechas las necesidades de los países ricos, éstos solidariamente podrán dedicar grandes recursos a paliar el hambre en África, India o Latinoamérica. Ambas, la visión revolucionaria marxista y la visión paternalista eclesiástica, piensan que se trata fundamentalmente de un problema distributivo. Ambas proponen una intervención racional: sea interna, como la de una élite o una clase revolucionaria nacional, o sea externa, como la de un grupo de países ricos y solidarios. Rorty, por su parte, confía vagamente en algún tipo de programa tecnocrático-burocrático aplicado de arriba hacia abajo.

Lo curioso es que Rorty no se haga preguntas del tipo: 'Si hasta ahora la mayoría de las medidas racionales y tecnocrático-burocráticas, si la mayoría de los programas desarrollistas de arriba hacia abajo que se han intentado contra la pobreza han fracasado, ¿no será que los modelos de arriba hacia abajo deben ser por lo menos revisados? O como alternativa opuesta: ¿puede producirse riqueza desde la pobreza, desde la oscuridad? ¿pueden los pobres salvarse ellos mismos —con una pequeña ayuda desde arriba, por supuesto— para tener más chance de vivir la ternura y el amor? ¿realmente hay que esperar a algún Dios tutelar encarnado en un mandatario bondadoso y sus técnicos y burócratas salvadores asesorados por ángeles multilaterales?'

A mi juicio, Rorty acierta al sugerir que de nada vale engatusar a los países pobres con proyectos de cambio en los valores identitarios para que se 'modernicen':

The Marxists were absolutely right about one thing: the soul of history is economic. All the talk in the world about to abandon 'technological rationality' and stop 'commodifying', about the need for 'new values' or for 'non-Western ways of thinking', is not going to bring more money to the Indian villages (...) All the love in the world, all the attempts to abandon 'Eurocentrism', or 'liberal individualism', all the 'politics of diversity', all the talk about cuddling up the natural environment, will not help.⁶

⁶Op. Cit. p. 227. "Los marxistas estaban absolutamente en lo cierto respecto a una cosa: el alma de la historia es económica. Toda esa charla en el mundo acerca de abandonar la 'racionalidad tecnológica' y de detener la cosificación, sobre la necesidad de 'nuevos valores'—o de nuevos modos de pensar no-occidentales, no va a llevar más dinero a las aldeas de La India (...) Todo el amor del mundo, todos los intentos de abandonar el 'eurocentrismo' o el 'individualismo liberal', todas las 'políticas de la diversidad', toda la charla sobre cuidar el medio ambiente natural, no va a ayudar".

Creo que hay que agradecerle a Rorty por algunos de los atisbos de esta visión pragmatista, porque nos proporciona herramientas para deconstruir el discurso de tantos dictadores y sátrapas tercermundistas que se amparan en manifiestos anti-occidentales, antiglobalizadores, pseudo-ambientalistas y tercermundistas tardíos, para tratar de ocultar su condición de asesinos y violadores de los derechos humanos.

Por otra parte, la duda me acosó al leer lo que el filósofo piensa como posibles salidas para la pobreza:

The only thing we know of which may help are the top-down technobureaucratic initiatives like the cruel Chinese only-one-child-per-family policy (...) If there is a happy solution to the dilemma created for the need of very poor Brazilians to find work and the need of the rest of us of the oxygen produced by the Amazonian rain forest, it is going to be the result of some as yet unimagined bureaucratic-technological initiative, not of a revolution in 'values'. (...) May be technology and centralized planning will not work. But they are all we have got.⁷

¿Es la intervención burocrático-tecnológica de arriba hacia abajo lo único que tenemos? Si ello es cierto, sólo el FMI, el Banco Mundial o nuestros atroces gobiernos pueden salvarnos. Me puse a pensar que confiar en la intervención tecnocrática de arriba hacia abajo es aceptar cánones de racionalidad, de Modernidad y modernización, que están en entredicho⁸. Me temo que las recetas del FMI entran

⁷ Op. Cit. p.p. 227-228. El subrayado es nuestro. "La única cosa que conocemos y que puede ayudar son las iniciativas tecnológicas y burocráticas de arriba hacia abajo, como la cruel política china de un solo hijo por familia. (...) Si acaso hay una solución feliz para el dilema creado por la necesidad de los brasileños pobres de hallar un trabajo y la necesidad del resto de nosotros del oxígeno producido por la selva lluviosa amazónica, ésta va a ser el resultado de alguna iniciativa burocrático-tecnológica aún inimaginable, no de una revolución en los 'valores' (...) Tal vez la tecnología y la planificación centralizada no funcionen, pero es todo lo que tenemos".

⁸ Hay muchos autores que han refutado la tesis de una sola Modernidad. Por ejemplo, el filósofo colombiano Santiago Castro Gómez afirma que no puede hablarse de un modelo unitario de Modernidad y que la Modernidad no puede ser establecida sobre un solo eje: sea el económico, el moral, el estético o el político: las modernidades son plurales. Ver: *Crítica de la razón latinoamericana*, Puvill libros, Barcelona, 1996, especialmente la p. 32. Otro autores que han trabajado el tema son Eduardo Mendieta, *Modernidad, posmodernidad y poscolonialismo: una búsqueda esperanzadora en el tiempo*, en *Teorías sin disciplina (Latinoamérica, poscolonialidad y globalización en debate)*. Edición de Santiago Castro Gómez y Eduardo Mendieta. México, Miguel Ángel Porrúa, 1998, disponible en electrónico: <http://ensayo.rom.uga.edu/critica/eorial/castro/> También, Josetxo Beriain, en su interesante ensayo *Modernidades múltiples y encuentro de civilizaciones*, Revista Mad, # 6, mayo de 2002, Departamento de Antropología de la Universidad de Chile. Samuel Huntington ha considerado también que las civilizaciones son plurales, diferenciadas, y que debido a su peculiaridad han alcanzado diversos y particulares grados de modernización. Ver: *The Clash of Civilizations, Remaking of World Order*, Touchstone Editions, New York, 1996.

dentro de ese espectro, y que son la última encarnación de una serie de modelos de racionalidad fatalmente eurocentristas y autoritarios, que reposan en el dogmatismo, en la fe ciega en ciertas 'verdades científicas' de la economía, justamente, el tipo de verdades que —en el campo filosófico— Rorty acostumbra a deconstruir con sus terapéuticos *papers*. No me molestan porque sean recetas europeas o norteamericanas: me molestan porque han fracasado rotundamente, como lo han mostrado no precisamente los teóricos izquierdosos del Foro de Porto Alegre, sino respetados economistas y teóricos del desarrollo como el premio nóbel Joseph Stiglitz y el también nóbel Amartya Sen⁹.

Stiglitz señala respecto a las políticas recomendadas por el FMI y basadas en el llamado Consenso de Washington:

Una de las principales fallas de las políticas del Consenso de Washington fue la aparente creencia de que las reformas se podían dejar en manos de tecnócratas. Esto se basaba supuestamente en la premisa de que existía una única política económica óptima, y que era mejor confiar a los expertos la tarea de encontrar esa política. Pero no existe un conjunto único de políticas dominantes paretiano, es decir, uno que haga que todas las personas estén en mejor situación que si hubiera aplicado cualquier otra política.

El problema estriba en que los mercados financieros, y el FMI que suele representar sus intereses e ideologías, actúan a menudo como si existiera un único conjunto de políticas dominantes que diese por resultado un óptimo de Pareto. Esto contradice lo que se enseña en una de las primeras lecciones de economía: la existencia de compensaciones (*trade-offs*) recíprocas. El papel del asesor económico es señalar esas compensaciones. La ciencia económica, por supuesto, hace hincapié en las limitaciones de nuestros conocimientos, en las incertidumbres vinculadas no sólo con el futuro sino también con las consecuencias de otras acciones posibles. (...) La función del proceso político es escoger entre las distintas opciones, con conciencia de las ventajas y desventajas que se compensan; de que algunos ganan como consecuencias de

⁹ De Joseph Stiglitz, se pueden consultar *El Malestar en la Globalización*, Taurus, Bogotá, 2002, y *El Rumbo de las reformas. Hacia una nueva agenda para América Latina*, en Revista de la CEPAL # 80, agosto de 1993. De Amartya Sen, Cfr. sus *papers: Teorías del desarrollo a principios del siglo XXI* y *Sobre conceptos y medidas de pobreza*. Ambos están disponibles on-line en la dirección: <http://www.geocities.com/WallStreet/Floor/9680/nobel.htm>.

ciertas políticas mientras que otros pierden; de que algunas políticas entrañan mayores riesgos y otras menos.¹⁰

Rorty habla de políticas burocrático-tecnológicas crueles como la de tener un solo hijo por pareja en China, pero el dogma de las políticas 'correctas' recomendadas o impuestas por el FMI puede incluir temas como la flexibilidad laboral, el retiro del Estado de muchas actividades de prevención social, o el recorte de los presupuestos públicos para equilibrar la macroeconomía, algo que suele redundar negativamente en los servicios de salud y educación en los países pobres, haciendo aun más pobres a sus ciudadanos. Todas las políticas que he citado aquí con sumamente crueles, y han sido calificadas como de 'necesarias' por el FMI para que nuestros países logren desarrollarse. Me parece evidente el paralelo entre esta visión del FMI y la de Rorty, aunque el filósofo no mencione a ese organismo.

Aparte de lo dicho hasta aquí, entiendo que sin el apoyo burocrático y los recursos gubernamentales, los planes de desarrollo para salir de la pobreza tienen muy pocas posibilidades. Pero hay un factor cultural —*pace* Rorty— que sí cuenta, y es la actitud que la gente adopte hacia los proyectos contra la pobreza. Es lo que los teóricos marxistas llamaban 'la conciencia', o sea, las condiciones subjetivas. Si los pobres no entienden ni aceptan los proyectos que se les ofrecen para combatir la pobreza, ninguna medida burocrático-racional-tecnológica va a funcionar y lo más probable es que reaccionen violentamente, como durante el 'Caracazo' del 27 de febrero de 1989, porque la mayoría de las recetas multilaterales comienzan por exigirles más sangre, sudor y lágrimas de las que ya derraman por ser tan pobres.

Por otra parte, tal vez no sería descabellado confiar en lo que los marxistas de los setenta, en la época en que yo comencé mi acercamiento a la política, llamaban 'los poderes creadores del pueblo', porque tal vez las iniciativas burocrático-tecnológicas no sean lo único que tengamos. Tal vez, la gente como ustedes y como yo tengamos algo más: tal vez tengamos cosas como tablones y plumas de agua.

¹⁰ Stiglitz: *El rumbo de las reformas..* p. 29.

II

El Banco Mundial considera en sus estudios cuatro tipos diferentes de capital: 1) el capital natural, que incluye los recursos naturales con que cuenta un país 2) el capital construido, que es generado por el ser humano e incluye infraestructuras, bienes de capital y activos financieros y comerciales 3) el capital humano, determinado por los grados de nutrición, salud y educación de la población 4) el capital social¹¹, un descubrimiento reciente de la teoría del desarrollo, pero que puede ser descrito de manera gruesa como las redes de solidaridad activa y de confianza que funcionan en una sociedad.¹²

Venezuela es un país bien dotado en cuanto al capital natural, debido a sus recursos petroleros y mineros. Pero ya deberíamos saber que eso no nos hace ricos, porque la actual riqueza de las naciones reposa fundamentalmente en su capacidad para transformar esos recursos agregándole valores mediante la tecnología. Sin embargo, la noción de que somos ricos por el hecho de tener miles de millones de barriles de petróleo en el subsuelo es un mito que se ha apoderado de la conciencia de muchos venezolanos, y que fortalece las teorías de la dependencia y el imperialismo, cuya solución es de tipo redistributivo ingenuo. Parecería obvio que si somos ricos a partir del petróleo, alguien se debe estar robando la riqueza del 90% de los venezolanos en situación de pobreza. Pueden ser los yankees, puede ser alguna perversa 'oligarquía' criolla, pero el resultado es el mismo: requeriríamos un redistribuidor benévolo, que le ponga mano dura a los canallas expoliadores de la riqueza del país, para que esa riqueza llegue 'al pueblo' que es su dueño legítimo. Esta noción maniquea ha sido refutada por algunos trabajos recientes, los cuales han calculado que si la renta petrolera se distribuye en partes iguales entre los 24 millones de venezolanos, le tocaría a cada uno algo así

¹¹ Las tesis sobre el capital social se han popularizado a raíz de los trabajos de Robert Putnam en Harvard hacia 1994, sobre todo a partir su famoso estudio sobre la diferencia de riqueza entre el norte y el sur de Italia. Desde entonces, ha sido tema de estudio de muchos teóricos, como Francis Fukuyama, James Coleman, Keneth Newton, Stephen Baas y Bernardo Kliksberg. Incluso, ya existen iniciativas multilaterales para el estudio del capital social, en muchos organismos multilaterales y ONG's. Paradójicamente, hasta donde yo entiendo, no existen aún parámetros econométricos para medir su impacto en grupos de estudio pequeños y mucho menos en espacios amplios como los estados nacionales. Es un campo nuevo en el cual se están afanando muchos teóricos del desarrollo, economistas y sociólogos.

¹² Cfr. Bernardo Kliksberg: *La ética y el capital social cuentan*, Universidad de Carabobo, 2004, p. 40. Los ensayos de Kliksberg pueden además conseguirse on-line mediante cualquier buscador como Google o Yahoo.

como 1,5 dólares diarios, lo cual no cubre ni siquiera un combo en un McDonald's, que es una de las formas más baratas de almorzar en Caracas. Esa riqueza ya no alcanza, ni aun en el supuesto de que la redistribuyéramos equitativamente, como han mostrado los trabajos de Gerver Torres¹³. Como resultado de esta afirmación, se sigue que habría que crear nuevas riquezas para derrotar la pobreza, eso que hace décadas recomendaron Arturo Uslar Pietri y Juan Pablo Pérez Alfonzo a través de la doctrina de 'sembrar el petróleo'.

Si analizamos el segundo tipo de capital, vemos que Venezuela también tiene abundancia del mismo, acumulado a lo largo de los años y financiado con la renta petrolera: tenemos infraestructuras, recursos financieros no desdeñables tanto adentro como afuera: reservas internacionales, refinerías, estaciones de gasolina en USA, para no hablar de los centenares de miles de millones de dólares que los venezolanos pudientes han depositado en bancos del extranjero a lo largo de las tres últimas décadas. Cualquier analista clásico puede decir que para salir de la pobreza es conveniente acumular y fortalecer este tipo de capital. Es decir, el fortalecimiento del capital construido suele formar parte de los programas de ajuste recomendados por el FMI. Se supone que al fortalecer este tipo de capital crece la economía, y que al crecer la economía crece el empleo, y como el empleo es visto como la alternativa más sana para derrotar a la pobreza, el fortalecimiento del capital construido sería la salida del túnel de la pobreza y la oscuridad que le es inherente. Teóricos nada sospechosos de ser neoliberales, como el equipo del *Proyecto Pobreza* de la UCAB, señalan que sólo el empleo formal puede derrotar la pobreza. Desde nuestro punto de vista, los vectores de la macroeconomía, que podemos vincular con el capital construido, son vitales, y sin ellos no es posible sostener una economía que se encamine hacia la riqueza, la cual, por definición, es la forma de derrotar la pobreza mediante su opuesto. Pero, como se dice en filosofía analítica, este factor es necesario pero no suficiente. Stiglitz lo ha estudiado en su libro, y nosotros lo hemos padecido en carne propia con cerca de 3.000 muertos en los saqueos y revueltas callejeras que incendiaron el país inmediatamente después que se anunciara el plan de ajustes en 1989. Tampoco es que vamos a caer en la falacia izquierdista de decir que tales recetas son un invento del diablo para esclavizarnos, para que mantengamos

¹³Cfr. Gerver Torres: *Un sueño para Venezuela*, editado por la ONG *Liderazgo y Visión*, y que se ha convertido en libro más vendido en Venezuela en los últimos años.

una relación de subordinación ante los países ricos. Hay que reconocer que ha habido algunos pocos países que los han implementado con éxito, cambiándole matices e interpretándolos de acuerdo a sus propias realidades, como en el caso de las economías del este de Asia. Son necesarios, pero no son suficientes, y son sumamente riesgosos, como ya sabemos. Por supuesto, los apóstoles de la reconstrucción de este tipo de capital son quienes tienen interés particular en él, digamos, los empresarios y todos aquellos que han podido acumularlo a lo largo de los años: la mayoría de los pobres no tiene claro el impacto de este tipo de reconstrucción, aunque deberían darse cuenta que sus ranchos, televisores, neveras, teléfonos celulares e ingresos precarios producto del trabajo formal o del trabajo informal, también forman parte de este segundo tipo de capital.

Al capital construido y su correlato de estabilidad macroeconómica se le suele oponer de manera dialéctica el capital humano. Notamos que el capital humano venezolano está devastado al analizar la deuda social, representada por la caída catastrófica de los indicadores en los niveles de escolaridad, salud y seguridad, que están en picada desde 1977, una tendencia que no ha habido manera de revertir, pese a los diferentes ensayos de nuestras administraciones. En este campo, los gobiernos se adjudican la mayor responsabilidad, puesto que piensan que los programas sociales son la solución a tan vergonzosa deuda con las generaciones futuras, así como con las actuales generaciones que tienen que buscar de comer entre los pipotes y *containers* de basura. Tal vez, desde esta perspectiva es que mi admirado filósofo Rorty analiza la posibilidad de derrotar la pobreza, porque son los gobiernos —entre nosotros— los que tienen la mayor disponibilidad de recursos financieros y tecno-burocráticos para programas contra la pobreza en gran escala.

Pero nosotros sabemos —junto con Dante— lo peligroso que pueden ser las buenas intenciones. Si algo hemos tenido en abundancia en Venezuela y Latinoamérica son gobiernos bienintencionados que han ofrecido diversas panaceas tecno-burocráticas desde el sector público para derrotar la pobreza, para que los venezolanos puedan tener un futuro mejor, un futuro donde puedan ser *gentlefolk* y ser capaces de ofrecer y recibir amor y ternura, para que puedan ser objeto de conversación con los *gentlefolk Northernners* originales o los

honorarios, como dice Rorty. El problema es que usualmente ese tipo de benefactores te piden sangre, te piden que les entregues el alma —como Mefistófeles al Dr. Fausto— es decir, que les entregues tu libertad para ellos devolverla convertida en justicia social. Dictadores de izquierda y derecha han usado este esquema perverso, y muchos pueblos ingenuos han accedido, con el doble resultado nefasto de que no derrotan la pobreza y además hay que derramar mucha sangre para que recuperen las libertades democráticas empeñadas en el intento.

Claro, algún ecléctico puede decir: 'Pues que se combinen tanto los programas macroeconómicos como los programas sociales y por allí vamos bien'. Y suena sensato, pero no parece suficiente: si lo fuera, todos los programas del tipo 'tanto mercado como sea posible y tanto Estado como sea necesario' o del tipo 'crecimiento económico con justicia social' habrían dado resultado. Y miren que ese cliché se usa en campañas políticas de todo signo: de demagogos de izquierda y de derechistas disfrazados de ovejas.

Según Stglitz, algunos países con planes de ajuste exitosos han tratado de equilibrar los indicadores macroeconómicos con los programas sociales, y ello es lo que les ha dado resultados positivos. Han crecido sostenidamente durante décadas, y cuando han tenido crisis no han sacrificado la inversión social. Por su parte, Amartya Sen señala en su análisis sobre las teorías del desarrollo, que los programas que incluyen planes sociales, que valoran la cultura, la ecología y otros indicadores humanos y sociales, pueden tener éxito allí donde no sirven los planes de ajustes debido a la extrema pobreza en los tres primeros tipos de capital. Es la oposición entre programas que piden sangre, sudor y lágrimas (BLAST, de acuerdo a sus siglas en inglés) versus los programas más sensibles en los cuales se cuenta con los otros factores humanos citados, y se acepta la pequeña ayuda de un amigo (GALA a partir de sus siglas en inglés). La recomendación de Sen es abandonar la oposición entre los programas de tipo BLAST versus los programas de tipo GALA y hacer una síntesis tomando en cuenta los factores internos y externos del país en cuestión, sus ventajas comparativas o sus desventajas renuentes. Pero en nuestro país, tenemos una desventaja gravísima vinculada con el tiempo, con los lapsos. Aun suponiendo que Venezuela, que los países latinoamericanos lograran un equilibrio entre ajustes macroeconómicos y planes sociales, el equilibrio entre

BLAST y GALA, la pobreza acumulada es tanta que la primera generación moriría antes de ver los resultados, los cuales apenas empezarían a ser percibidos y disfrutados por nuestros hijos y nietos. Creo que esto es lo que Rorty llama 'algún cruel e inimaginable programa tecno-burocrático' del tipo un hijo por familia, como el que se aplica en China.

Y uno no puede dejar de pensar en los seres vivos que quiere, y en si vale la pena sacrificarlos en aras de un futuro mejor. Desde un punto de vista práctico, no es algo que ellos no hagan. Cuando los latinoamericanos pobres emigran a Estados Unidos, van con un plan de ese tipo. Van dispuestos a fregar pisos y letrinas, a aceptar los trabajos más inhumanos, con el deseo de enviarle dinero a sus familias aquí y para que sus hijos nacidos en USA tengan futuro. Cuando se alistán como soldados y van a guerras como la de Irak, hacen lo mismo: arriesgan la vida para que les den la nacionalidad, de manera que sus viudas tengan una pensión y sus hijos el chance de la salvación: total, el riesgo de que te den un balazo en Caracas es mucho mayor, y nadie va a pagar por esa muerte como sí lo va a hacer el Estado norteamericano.

Pero ese sacrificio extremo no es del todo justo desde nuestro punto de vista, sobre todo si existe alguna remota posibilidad de mejorar la condición actual de los pobres sin descuidar los ajustes que conduzcan a un equilibrio a largo plazo, para que lo disfruten nuestros descendientes, con quienes sentimos responsabilidad intergeneracional.

Por supuesto, lo anterior tendría varios prerrequisitos, y además presenta un reto formidable: los prerrequisitos implican el compromiso sostenido de los ciudadanos y el gobierno en mantener el equilibrio en los indicadores macroeconómicos, y al mismo tiempo, de mantener una alta inversión social en materia de educación, salud y seguridad. Por otra parte, pareciera que se requieren acuerdos políticos para mantener las libertades y sostener regímenes democráticos mínimos, porque casi todos los estudios muestran que la democracia es un buen piso para el crecimiento económico y viceversa, que el crecimiento económico fortalece los cuatro tipos de capital, siempre que se redistribuya de manera medianamente democrática y mientras se funcione en un Estado de derecho. No en balde, los Estados que entran dentro del tipo de sociedades ricas que producen lo que Rorty llama *gentlefolk*,

northerners, son democráticos. Todo lo antes dicho no es una garantía absoluta, pero pudiera sentar un piso más firme para mantener una cierta estabilidad política que evite las tentaciones violentas que siempre sabotean cualquier avance, cualquier crecimiento de cualquiera de los cuatro tipos de capital.

El reto formidable proviene de la oscuridad, de las sombras en las que viven los millones de ciudadanos que gimen del otro lado de la línea de pobreza, que moran en el corazón de las tinieblas, para usar el título de una novela de Joseph Conrad. ¿Cómo crear riqueza a partir de esa miseria? ¿cómo se pueden mejorar las condiciones de vida dentro de esa pobreza mientras se encarna el tipo de utopía liberal, socialista o cristiana que pueda sacar de la miseria a quienes viven en esa penumbra? Esa pregunta, que no se hizo Richard Rorty, es la que nos incumbe en esta lectura.

III

En un provocativo ensayo sobre ética y capital social¹⁴, Bernardo Kliksberg señala algunos ejemplos sobre experiencias populares en las que se han mejorado los niveles de servicios básicos, transparencia en el uso de los presupuestos, educación, salud y seguridad, y en los cuales ha estado involucrado el concepto de capital social.

Desde nuestro punto de vista, los factores recién enumerados, junto a los inevitables programas de ajuste y los imprescindibles programas sociales estatales, pueden ayudar a conformar un cierto equilibrio entre el crecimiento a largo plazo y el mejoramiento de las condiciones mínimas de vida actuales, de manera que —aunque no dejen de ser pobres en lo inmediato— los sectores excluidos puedan sobrevivir en condiciones de pobreza menos adversas, menos avasallantes, de acuerdo a sus diferentes situaciones, dado que, como se sabe, hay diferentes grados de pobreza y diferentes maneras de medirla¹⁵.

¹⁴ Bernardo Kliksberg, Op. Cit., especialmente el ensayo titulado *El Impacto de la Ética y el Capital Social sobre el Desarrollo*.

¹⁵ Al respecto, pueden consultarse los resultados del *Proyecto Pobreza* de la UCAB (www.ucab.edu.ve), o revisarse el ensayo de Amartya Sen *Sobre conceptos y medidas de pobreza*, disponible on-line mediante cualquier buscador.

Kliksberg cita tres ejemplos: el Municipio en Porto Alegre (Brasil), las ferias de consumo popular en Barquisimeto (Venezuela), y el caso del Municipio Villa El Salvador en Lima (Perú).

El presupuesto municipal participativo de Porto Alegre fue un programa iniciado en 1989 por el alcalde recién electo de la ciudad, y ahora se ha convertido en una experiencia "estrella" que ha recibido reconocimientos internacionales, en objeto de estudio permanente entre los teóricos del desarrollo, y en modelo que están imitando alrededor de unas 70 ciudades en Brasil, y seguramente algunas otras en el resto del continente.

Cuando el alcalde convocó a que todos los ciudadanos analizaran en qué se iba a invertir el presupuesto municipal, hubo muchos escépticos: los unos, señalaban que pocos se iban a interesar en una materia tan 'técnica', los otros, pensaban que aun logrando una amplia participación el resultado iba a ser un conocimiento inútil, opiniones de gente muy pobre, sin visión de lo que mejor pudiera convenirle al gasto público de un municipio tan grande. Pero:

La población reaccionó con una 'fiebre participativa', a la convocatoria del Alcalde. En 1995, se estimaba que 100.000 personas participaban en el proceso (...) Rodadas, reuniones intermedias, plenarios y otras formas de reunión se van sucediendo durante todo el año, con participación de públicos amplios, en algunos casos, delegados escogidos por los mismos, en otros, y la colaboración de los funcionarios del municipio. El presupuesto que se va conformando de abajo hacia arriba, es finalmente sancionado formalmente por el Concejo Municipal¹⁶.

¿Y cuál ha sido el resultado de la consulta, de oír la voz del pueblo pobre junto con la de los técnicos y burócratas?

Los ciudadanos de Porto Alegre han tenido oportunidad de pasar por un proceso plenamente participativo a través de haber:

- Expresado su comprensión de los problemas cruciales que enfrenta la ciudad.
- Establecido prioridades de los problemas que merecen más inmediata atención.

¹⁶ Kliksberg, Op. Cit. p. 55.

- Seleccionado las prioridades y generado soluciones prácticas.
- Tenido oportunidad de comparar con las soluciones creadas en otras regiones de la ciudad y en otros grupos de temas.
- Decidido, con el apoyo de los técnicos del Alcalde, en invertir en los programas menos costosos y más factibles de atender.
- Tomado la decisión definitiva sobre la aprobación o no del plan de inversiones y
- Revisado los éxitos y fracasos del programa de inversiones para mejorar sus criterios para el año siguiente¹⁷.

Todo apunta hacia la creencia de que en Porto Alegre el gasto es más eficiente, hay menos factores que favorezcan la corrupción, y al haber un amplio sentido de participación la población se siente involucrada en la construcción colectiva de su destino. Tal vez sean pobres, pero sus indicadores mejoran con respecto al resto del país, y no se trata de un doloroso programa técnico burocrático de tipo BLAST sino de un programa en el cual un Alcalde creyó en los poderes creadores de su pueblo y los consultó.

El segundo ejemplo de Kliksberg son las cooperativas de distribución de alimentos en Barquisimeto. Se trata de una iniciativa en la que participan agricultores, distribuidores, pequeños comerciantes, organizaciones de vecinos, con el apoyo por supuesto del municipio y el gobierno regional.

Al crear una línea directa entre el campo y los consumidores, se reducen costos de intermediación, y se pueden adquirir productos de la canasta básica a un precio mejor que en el circuito comercial tradicional, dado que uno de los vectores más importantes es que los vendedores que participan en las cooperativas han aceptado un porcentaje de ganancia menor para hacer competitivos sus productos, y para que sean asequibles a las grandes mayorías. Aun así, todos los participantes —que ganan el mismo porcentaje de comercialización estandarizado por la cooperativa— obtienen un ingreso que es 57% superior a al salario mínimo nacional.

Todo comenzó con una feria, cuyo modelo se ha ido expandiendo por todo el estado Lara. Y que también se ha replicado en otros lugares

¹⁷ Ibid. P. 56.

del país. El éxito de este programa tal vez se deba a una historia de formación de capital humano y social, al intento de potenciar el capital social por encima del financiero, y a que las cooperativas representan una forma de participación y gestión novedosas¹⁸. Por supuesto, como ese ensayo de Kliksberg fue escrito hacia el 2000, uno aspira que esas redes de solidaridad social que se crearon con 15 años de esfuerzos sostenidos no hayan sido rotas por el actual y predatorio proceso político que vive Venezuela, que esas redes de la sociedad civil no hayan sido transformadas en programas de distribución popular de alimentos del tipo Mercal, a los que se accede si uno preferentemente tiene un carnet de alguna de las instancias organizadas del partido de gobierno.

Por último, la experiencia que más mueve nuestra curiosidad es la de Villa El Salvador, en 1971. Se trataba de unos terrenos públicos baldíos, de unos arenales inservibles, a 19 kilómetros de Lima, que fueron invadidos por un grupo de gente muy pobre, en su mayoría, emigrantes de la sierra, gente que tradicionalmente ha sido considerada como lo más bajo de la sociedad peruana. A los centenares de invasores originales se les sumaron miles de habitantes de los tugurios de Lima. Tan inservibles los terrenos, tan lejanos y difíciles (había que caminar al menos 3 kilómetros para encontrar una vía que condujera a Lima), que no hubo demasiada lucha para que los cedieran, dado que tal vez nadie les veía posibilidades. Seguramente, los serranos y los cholitos de los tugurios se iban a morir agobiados por los zancudos, por las enfermedades, debido a su falta de cultura 'moderna': la apuesta era que los terrenos terminarían convertidos en una villa miseria, en una favela, en un barrio marginal de ranchos azotado por los malandros, como decimos nosotros.

Pero no fue así. Los invasores fundaron Villa El Salvador, una comunidad de unos 50.000 habitantes originalmente, que ya sobrepasa los 300.000 y se ha convertido en un municipio con su propia alcaldía, y en uno de los ejemplos más asombrosos de desarrollo social empleando modelos alternativos.

El mapa para diseñar la Villa fue elaborado por los mismos habitantes, y en vez de ser del tipo centralizado, con un centro donde funcionan todos los servicios de la comunidad, se hizo un modelo

¹⁸ Ibid. P. 52.

descentralizado, donde cada grupo residencial tiene su propio pequeño centro, con locales para actividades comunales, deportivas, educativas, de salud, al estilo de los módulos de servicio que nosotros conocemos, pero más pequeños, uno en cada grupo residencial. En menos de dos décadas, tenían 50.000 viviendas, 38.000 de ellas construidas por los pobladores, un 68% de las cuales estaban consolidadas, con bloques y materiales resistentes. Habían levantado 2.800.000 metros cuadrados de calles de tierra afirmada, y habían construido —en su mayoría con los recursos y el trabajo voluntario de la comunidad— 60 locales comunales, 64 centros educativos, 32 bibliotecas populares, 41 núcleos o módulos integrados de salud, educación, y recuperación nutricional, así como una red de farmacias populares, una red de vías internas, 4 rutas principales y 7 avenidas perpendiculares que facilitaban la comunicación interna.

Seguían siendo pobres y con problemas de empleo, como la mayoría de los habitantes de Lima. Pero sus indicadores sociales eran muy diferentes: la tasa de analfabetismo había descendido de 5,8% a 3,5%. La tasa de matrícula en primaria había alcanzado el 98%, y en secundaria era superior al 90%. Todos los indicadores son superiores a la media nacional peruana, y muy por encima de cualquier otra zona pobre del país. Las campañas de vacunación y medicina preventiva alcanzaban a todos los habitantes de la villa, porque participaba la población entera. Las tasas de mortalidad descendieron, y en un plazo menor de 8 años lograron notables avances en servicios como la electricidad y el agua.

“El pueblo de Villa El Salvador ha ido construyendo una ciudad de la nada, con cientos de kilómetros de redes de agua y luz, pistas, colegios, mercados, zona agropecuaria, y hasta un parque industrial, conseguido también en lucha con los pequeños industriales de la zona”¹⁹.

Esto no tiene nada que ver con los programas de ajuste, o con los planes de desarrollo que usualmente se nos venden o se nos imponen a través de organismos multilaterales como el FMI. Tampoco tiene nada que ver con los centralismos autoritarios que son hijos bastardos del pensamiento socialista en América Latina, y ni siquiera con visiones benévolas de liberales solidarios como Rorty,

¹⁹ *Ibdi.* p.p. 46-47.

que o no ven soluciones posibles al problema de la pobreza entre nosotros, o creen que tal problema sólo puede ser afrontado mediante gigantescas y crueles intervenciones técnico-burocráticas de arriba hacia abajo. Me parece obvio que estas enseñanzas, que estos éxitos, no tienen nada que ver con el tipo de racionalidad eurocentrista, con los modelos de modernización que emanan de los centros de producción intelectual o de apoyo a los pobres que generosamente son financiados por los *gentlefolk* ricos y solidarios de Europa o Estados Unidos.

Creer que sólo intervenciones colosales de arriba hacia abajo pueden derrotar la pobreza, es una manera de decir que los pobres no son capaces de salvarse usando su propia cultura y su propia fuerza —con una pequeña ayuda de amigos en el Estado, por supuesto—, lo cual es una manera de decir que son como niños, como los indios o como los negros, es decir, que son una nueva encarnación visible de todos los que durante tantos siglos han sido marginados, perseguidos, negados en sus posibilidades y potencialidades, en su capacidad dialógica, en su capacidad de amar. Es como si nuevamente se debatiera, como en tiempos de la colonia española y de Fray Bartolomé de las Casas, si realmente estos nuevos indios, estos nuevos negros, tienen o no alma.

La imagen poética más notable me surge a partir de la descripción de la primera escuela primaria que edificaron: se trataba de cuatro horcones, cubiertos con un techo precario, y a falta de paredes, pues pusieron plásticos para evitar que el viento frío de Los Andes amoratara a los escolares. Como mucha gente no tenía comida, se quedaba haciendo trabajo comunal, cuidando niños, edificando obras públicas, y eso supongo que les daba derecho a participar en las ollas populares, que eran servidas en largos tablones de madera, a manera de grandes mesas colectivas, quizás como alguna vez se hizo en Esparta.

IV

Esta historia comenzó en un café en Nueva York, leyendo un libro de Richard Rorty. Si mi memoria regresa a ese verano del 2003, debo decir que varias personas conocidas con quienes me encontré allá me decían que yo había cambiado: que me sentían más confiado, tratable, humano, durante los meses que duró mi

viaje. Es posible que estuvieran intentando decirme que era más amable, que era más tierno, que se podía dialogar mejor conmigo.

Es la mirada del otro la que nos da mucha de nuestra identidad, junto con nuestra autopercepción. Si ellos me percibían así, con seguridad es que en ese momento yo era así. Hoy en día supongo que aquel estado de tranquilidad es el estado de ánimo en que puede vivir una persona -digamos un intelectual como yo- cuando, como ya dije, no tiene miedo a las vicisitudes económicas. Me puse a pensar que siendo *visiting scholar* en una universidad norteamericana, en NYU, era como los amigos hindúes de Richard Rorty: un *Northerner* honorario que, por ejemplo, debía comunicar sus pensamientos e ideas en la *lingua franca*, en inglés.

Al darme cuenta de mi situación, me puse a pensar que gente de origen muy humilde como yo puede llegar a ser un *gentlefolk*, un *Northerner* honorario. Pero, ¿cómo puede ocurrir eso? Y es que el título de esta lectura está relacionado con la historia de un niño que se crió en Maracay, en el barrio San Carlos, en un ranchito de latas con piso de tierra.

Al igual que los indios serranos y los habitantes de los tugurios de Lima que invadieron los arenales de Villa El Salvador, nosotros invadimos unos terrenos inservibles, unos zanjones, en el sur de la ciudad. Mis padres eran tan pobres que no tenían la posibilidad de alquilar una vivienda, y menos de comprarla. La mayoría de los invasores éramos gente del campo, empujados por la pobreza desde el llano hacia los inhóspitos suburbios de la capital del estado Aragua, Maracay, llamada en ese momento La Ciudad Jardín de Venezuela.

Al igual que los indios de Villa El Salvador, no teníamos recursos para edificar nuestras casas o escuelas. Al igual que ellos, nos organizamos primariamente a través del trabajo voluntario, conocido entre nosotros como *cayapa*: recuerdo que un día en que la Guardia Nacional derribó nuestros ranchitos, la comunidad hizo un gigantesco esfuerzo colectivo, y trabajó febrilmente durante toda la noche como los duendes de las historias de hadas, para que al día siguiente amanecieran nuevamente en pie las humildes viviendas. No recuerdo los nombres, pero sí recuerdo los rostros curtidos, las manos callosas, de los vecinos que vinieron a ayudarnos, mientras mis hermanos y yo colaborábamos removiendo tierra, o clavando latas que hacían las veces de paredes.

Recuerdo la larga fila de vecinos alrededor de la pila pública de agua —la única en 20 cuadras a la redonda— ante la cual se formaban gigantescas hileras de tobos, vasijas y envases de todo tipo que se iban llenando para luego ser vaciados en pipotes de acopio que estaban en los patios de todas las casas. Por alguna razón que no recuerdo, esas pilas o grifos eran llamadas por los vecinos 'plumas de agua'. Nunca hubo un pleito, siempre hubo autoorganización y se respetaba la regla no escrita del orden de llegada; jamás recuerdo que alguien pudiera colearse, saltarse ese sacrosanto fruto del sentido común.

Tampoco teníamos mucho dinero para comer, y no había escuelas aún en el barrio. Los niños tenían muchas dificultades para aprender a leer y escribir, para aprender las cuatro operaciones aritméticas básicas, y mi madre inventó un sistema de capital social mucho antes de que Robert Putnam se pusiera a teorizar sobre ello en Harvard en 1994. Dado que mi hermano Edgar y yo éramos excelentes alumnos, podíamos ayudar a los niños menores y rezagados de la vecindad, para que pudieran rendir en la escuela, y mantener el mismo ritmo competitivo de los otros estudiantes, o del maestro que les tocara.

Mis hermanos y yo conseguimos unos tablones largos, y con ellos construimos mesas toscas, apenas cepilladas, sobre las cuales se apoyaban aquellos otros niños —tan chiquitos como nosotros, por cierto— para tratar de descubrir el mágico e intrincado mundo de la lectura y las matemáticas. Sus padres nos pagaban una suma simbólica, creo que un bolívar por semana. Pero esos 15 ó 20 bolívares que mi madre conseguía a través de la escuelita nos salvaron del hambre, y me permitieron de alguna manera estudiar, graduarme, y finalmente llegar a Nueva York, me permitieron ser un *visiting scholar* en NYU, un *Northerner* honorario.

Éramos niños-maestros, y desde temprano comenzamos a devolverle a nuestros padres y a nuestra comunidad el esfuerzo que ponían en nuestra educación, y lo hacíamos sin abandonarla por un trabajo en la calle: lo hacíamos construyendo capital social, ahora lo sé, 35 años después.

También estaba la cultura, la música clásica que se oía en la radio, los libros que mi padre, un modesto tipógrafo colombiano, jamás me negó: siempre me compró todos los que le pedí, de manera que junto a aquella escuelita, junto a los tablones y las plumas de

agua estaban las novelas de Cervantes, los cuentos de Borges, y posteriormente las óperas de Mozart, de Donizetti y Bellini.

Hoy en día, ni mis padres ni yo vivimos en el Barrio San Carlos. Ese barrio se ha consolidado, todas sus calles están asfaltadas, tienen luz, agua, teléfono, y las casas tienen hasta dos y tres pisos porque las generaciones han ido edificando hacia arriba, posiblemente con el mismo mecanismo de la cayapa de mi niñez. He pasado muchas veces por allí y ya no hay hitos ni rostros que yo pueda reconocer. Pero yo no he olvidado cómo fue que todo comenzó.

Esta es la mejor definición que puedo darles de lo que es el capital social y cómo puede contribuir en la lucha contra la pobreza.

Por todo lo que aquí les he contado, cada vez que tengo que dar alguna charla, no puedo dejar de evocar aquellas plumas de agua del barrio San Carlos ante las cuales los vecinos formaban una paciente fila, o aquellos tableros donde nos iniciamos en el oficio de educadores —oficio que por cierto mantenemos mi hermano Edgar y yo— y que es lo que —en definitiva— nos ha conducido, a través de largos y complicados avatares, a estar aquí delante de ustedes, compartiendo algunas ideas modestas —y por supuesto nada originales— sobre valores, sobre filosofía, sobre política o sobre teoría del desarrollo.

Si me piden que redondee, que ofrezca una síntesis, les diría que hay que confiar en los poderes creadores del pueblo, que ni nosotros como educadores ni los burócratas revolucionarios salvadores, que ni los funcionarios del FMI o los liberales benévolos del primer mundo podemos asumir el rol de dioses tutelares que desde los cielos (desde arriba) le impongamos un camino de sacrificio a los pobres para que se rediman y lleguen a ser 'como nosotros'.

Me temo que a lo más que podemos aspirar es a ser compañeros de viaje, para un intercambio mutuo, en el cual ellos y nosotros intercambiemos nuestras historias, nuestras experiencias, y que de la curiosidad mutua emerja algo de luz, para contrarrestar la división, para combatir la fea pobreza, el mundo de sombras en el que ciertamente viven debido a su pobreza, pero que, cuidado, es un mundo que puede empeorar aun más si les intentamos imponer programas brutales con la violencia que puede surgir de nuestra soberbia intelectual.

Y con esto, apreciados colegas educadores, espero haber contribuido modestamente a estas Jornadas de Educación en Valores, a las cuales agradezco el honor de haberme invitado.

Muchas gracias.